FRANCISCO ROSELL

NOVERDAD SÁNCHEZ

Cómo el relato partidista suplantó la realidad en España



«Rosell ahonda en la verdad, el único antídoto frente al envenenamiento que padece nuestra sociedad»
CÉSAR ANTONIO MOLINA

Noverdad Sánchez

en
sayos

Francisco Rosell

Noverdad Sánchez

Cómo el relato partidista suplantó la realidad en España

Postfacio de César Antonio Molina



Primera edición: noviembre de 2026

© Francisco Rosell, 2026

© del postfacio: César Antonio Molina, 2026

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2026
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: JP

ISBN: 979-13-992807-3-9
Dep. Legal: M-27264-2026

Motivo de la cubierta: *The Mask,* © Editorial Funambulista, 2026

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Noverdad Sánchez

Proemio

Cuando los españoles parecía que serían llamados a las urnas coincidiendo con el cincuentenario de las primeras votaciones democráticas de junio de 1977, el imprevisto giro dado por Pedro Sánchez anticipando las elecciones al 29 de noviembre, lo que certificaba que no tenía otro lenguaje que el de la mentira, emparentaba tan decisivo órdago con el nonagésimo aniversario de los comicios de febrero de 1936 saldados con un pucherazo del Frente Popular que abrió de par en par las puertas del infierno de la Guerra Civil.

Al haber antepuesto durante sus ocho años de mandato su condición de nieto de una contienda fratricida a la de hijo de la Transición, a diferencia de González y en consonancia con Zapatero, ese cambio de referencia histórica resultaba acorde a la involución de quien contraponía espuriamente la «legitimidad de la calle», con él encarnando la voz del pueblo, a la «legitimidad del Parlamento» para autoproclamarse César sin ataduras legales, como el chavismo al que las urnas le servían para sentarse encima de ellas.

Autoerigido en Gran Votante y Legislador Único, Sánchez perseguía un horizonte plebiscitario que le librara de una Justicia que había condenado o encausado a toda la banda que le había

aupado a la Secretaría General del PSOE y a la presidencia del Gobierno, con su sola excepción, de momento. Así, deambulaba atropelladamente del *Manual de resistencia* —la primera parte de su autobiografía por cuenta ajena, escrita por Irene Lozano— que le empinó al poder al «de supervivencia» —aún por redactar— que le permitiera subsistir cuando la *Tierra firme* —título de su segunda entrega— se resquebrajaba bajo sus pies.

Cuasi *in articulo mortis* político, había avanzado los sufragios para, si sonaba la flauta, reeditar el escenario de julio de 2023 o, en caso contrario, tener renta suficiente para no ser removido al frente del PSOE y encabezar la oposición a un Gobierno de PP y VOX. Para ello, le bastaría con activar las bombas sembradas en esos ocho años en los que, junto a su mal gobierno e incompetencia, había subvertido las instituciones con ese «Estado profundo» al servicio de cloacas socialistas que planeaban liquidar jueces y guardias civiles con la Fiscalía General poniendo alfombra roja al delito.

De paso que la campaña le daba una tregua en el frente judicial al paralizar, según costumbre, los procesos judiciales que le acorralaban, Sánchez había creído encontrar un cisne negro en la anciana de renta antigua Maricarmen [Abascal], a la que había utilizado impúdicamente para endilgar su incompetencia en materia de vivienda —salvo para él y sus allegados— a la oposición rumbo a ese plebiscito del 29-N. Pronto al cisne negro de la oportunidad inesperada se le desteñía el plumaje con las primeras gotas de realidad y el ave no era cisne sino pato patagónico: una pisada, una cagada; otra pisada, otra cagada. Como con tantas otras banderas hechas jirones, después de que el 2 de octubre en el debate sobre los decretos Maricarmen, Montse Mínguez, portavoz de la Ejecutiva Federal y secretaria general del Grupo Parlamentario, reclamara desde el ambón del Congreso «caretas fuera» porque de lo que se

trataba era de elegir entre fondos buitre o familias víctimas de la especulación, transcendía que los desahucios eran malos, salvo los de su pareja, un empresario ilerdense, Sergi Vélez Viola, dueño de un holding con varios millones de euros en inmuebles de los que 30 pisos estaban en alquiler y de los que había desalojado a varios de sus inquilinos. Al primer tapón, zurrapas. Al coincidir con tiempo electoral, la elegida de Sánchez hubo de dimitir de sus cargos y renunciar a ser candidata a diputada por Lérida.

Si el adelanto podía haberle supuesto una traba para materializar sus chanchullos en marcha, el Gobierno horadaba otro boquete a la Constitución Gruyere, favoreciéndose de la venia permanente de Casa Pumpido, que el 6 de octubre había allanado la vuelta del prófugo Puigdemont al que Sánchez se había comprometido a traer de vuelta a España pero para ser juzgado, y al que amnistió para seguir en la Moncloa.

Presumiendo de gobernar al margen del Parlamento hasta completar una legislatura sin presentar Presupuestos, circunstancia por la que exigió en su día la dimisión de Rajoy, su despotismo había dado un paso más, al rectificar la negativa del Pleno del Parlamento y de que fuera su Diputación Permanente, al haber sido disuelto tras la convocatoria de elecciones, la que aprobara su trágala, al beneficiar al Ejecutivo su composición. Salvo para quien reducía la Constitución a un mero formalismo, a nadie se le escapaba tamaño fraude de ley contra la voluntad mayoritaria de la Cámara. Para blasonar de su arbitrariedad con la Moncloa como permanente plató electoral, Sánchez se adornó anunciando rumboso, sin tener presupuestos, 10 000 millones en préstamos de 50 000 euros sin interés para adquirir una primera vivienda sin Presupuestos Generales del Estado. Comenzaba la diaria tómbola electoral.

No quedaría presumiblemente ahí la cosa dado su interés por rescatar la «enmienda intrusa» en una norma educativa con la que había pretendido sortear la paralización por el Tribunal Supremo de la denominada «Ley de nietos» en lo referido al derecho al voto de los descendientes de españoles que marcharon fuera entre 1936 y 1955; y ello tras la trampa urdida por Sofía Puente, directora general de Seguridad y Fe Pública, para hacer decir lo que la disposición aprobada en Cortes sobre Memoria Democrática no dictaba. Dispuesto a compensar con esa trasfusión de votos oriundos su hemorragia de papeletas de los naturales del país, cavilaba cómo aviárselas para hacer un torniquete legal y que los sufragios de nuevos españoles fueran a su casillero.

A este respecto, Sánchez trampeaba como si no hubiera un mañana arguyendo que perseguía «doblegar a las élites» porque, en el Parlamento, «se pisotean los intereses de la gente», con un argumento nítidamente populista que lo transformaba inexcusablemente en un déspota, como acontece con todo aquel que, por democrática que sea su elección, gobierna sin límites ni control. En su deriva, Sánchez se hacía escoltar —como piqueteros— por sindicatos que solo habían abierto la boca en todo ese ochenio para comer a mesa puesta y bostezar a la espera de las protestas preventivas que ahora anunciaban «contra la oposición» y que culminarían el 11 de noviembre con una huelga general (en realidad, particular de Sánchez) inédita en España en el curso de una campaña electoral.

Ello retrotraía a las elecciones de febrero de 1936 en las que venció el Frente Popular mediante un pucherazo, luego de promover en octubre de 1934 una «huelga general revolucionaria» contra el «bienio radical conservador», aprovechando que el jefe del Gobierno Lerroux incorporó a tres ministros de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) triunfadora, a la sazón, en los

comicios de 1933, en cuya campaña el socialista Largo Caballero predijo: «Estamos en plena Guerra Civil (...) que no ha tomado aún los caracteres cruentos que, por fortuna o desgracia, tendrá inexorablemente que tomar».

Al cabo de noventa años, se convocaba una protesta general contra la oposición por las viviendas no construidas por el Gobierno, como parte del ceremonial de la confusión que acompañaba a un envite que Sánchez quería dirimir con las calles incendiadas para perturbar el ejercicio libre del voto. Acreditando su ralea de perfecto manipulador, agitaba para ello la bandera de conveniencia contra «los supuestos especuladores de siempre», que no eran otros que aquellos a los que requería en 2018 marchando a Nueva York para prometerles dispensas.

Dicho lo cual, los meses de noviembre, como constató Zapatero después de encomendarse al 15-M de 2011 para no abandonar la Moncloa, y al igual que Sánchez tras la doble cita de 2019, tratando de desembarazarse de Podemos con el que hubo de contraer compromiso, no solían ser buenos para los socialistas. Sin embargo, quien dio un golpe contra su partido no cejaría en ese empeño contra la oposición. Por eso, aunque adoptara un tono bajo y susurrante para presentar su penúltimo cebo, convenía no fiarse de alguien cuya lengua era como el aguijón de abeja que puede picar incluso estando muerta. Que se anduvieran, por tanto, con cuidado PP y VOX porque, como advirtió el maestro Billy Wilder, las ilusiones son muy peligrosas al carecer de defectos, sobre todo con un desaprensivo sin escrúpulos que miraba más a la Guerra Civil de 1936 que a la Reconciliación Nacional de 1977.

El insomnio era él

Preocupado por cómo pasaría a la historia, ya no debía tener interés en averiguarlo quien llegó a la Moncloa mediante una moción de censura en la primavera de 2018 para regenerar supuestamente la vida política, usando para ello la palanca de la fraudulenta manipulación del testimonio del entonces presidente Rajoy en un juicio sobre la Gürtel del PP. Lejos de ello, Sánchez había degenerado el sistema comprometiendo el régimen constitucional, así como la integridad territorial de España por sus concesiones a sus socios separatistas y aliados internacionales.

De hecho, por primera vez en la historia de España, un presidente derrotado en las urnas en julio de 2023 se había aferrado a la Moncloa agrupando una avarienta congregación de minorías a las que solo aunaba que no gobernara la derecha para, de paso, soslayar desde ese baluarte un comprometido horizonte penal. Tras no poder salir bien librados de sus corrupciones ni su mujer ni su hermano, así como su estado mayor socialista, amén del expresidente Zapatero y de su fiscal general, se bunkerizaba en el poder para garantizarse su lacerante impunidad hasta que creyó ver una ventana de oportunidad.

Luego de introducirse por la gatera de la Moncloa con el peor bagaje electoral de la historia del PSOE y ocho años largos plenos de una corrupción nunca vista, pocas dudas podían albergarse de

la razón última de aquel golpe parlamentario que, en un primer conato, sofocaron los barones socialistas en el Comité Federal en el que fue descabalgado de la Secretaría General tras urdir un pucherazo entre bambalinas. Al cabo del tiempo, se había comprobado que el auténtico causante de aquel insomnio que atormentaba al doncel de sauna era él, no Pablo Iglesias, el dirigente de «Pudimos», pese a tratar de proyectar en los demás lo que él ambicionaba para sí hasta que lograba que los suyos aceptaran, aunque fuera a regañadientes, lo que de partida rechazaban de plano.

Mediante la táctica del salami, esto es, engullendo loncha a loncha, les había hecho tragar con todo en una técnica tan ancestral que hasta el mismismo Abraham la utilizó en cierta manera con Dios para que se apiadara de los lúbricos moradores de Sodoma. Como relata el Génesis, el patriarca bíblico imploró la gracia divina para que la ciudad de los pecados no fuera devastada si surgían 50 habitantes justos; luego logró reducirlos a 45, a continuación, a 40, y así sucesivamente hasta rebajarlos a 10. Pero su esfuerzo resultó baldío al hallar solo al probo Lot, sin la compañía siquiera de su mujer transfigurada en estatua de sal por desobedecer el mandato de no echar la mirada atrás, para observar cómo la depravada urbe ardía bajo las llamas de la cólera divina.

Bajo esos mismos parámetros, en la Sodoma española de la destrucción institucional y de la descomposición sistémica, tampoco había habido media docena de diputados socialistas o de sus socios con integridad y decencia bastantes como para, mediante una moción de censura, frenar una corrosión democrática que solo despertará a muchos de ellos del sueño de los justos cuando les aplaste. No podía extrañar, por tanto, que, a modo de «idus de mayo», en el primer Día de las Fuerzas Armadas al que acudía en 2026 la princesa Leonor, se cayera la bandera nacional al ser izada

y la fuerza aérea pudiera proyectar sus colores en un cielo de Vigo entoldado por la niebla en una aciaga solemnidad de la que se ausentó nuevamente un presidente que no podía salir a la puerta de la calle sin ser abucheado.

A veces, sin embargo, se confundía la falta de escrúpulos de Sánchez con la posesión de esa suerte providencial que los árabes llaman «baraka», pero lo cierto es que la Legión había dado ese Día de las Fuerzas Armadas en el clavo al bautizar así al borrego macho que desfiló al ritmo aligerado de 160 pasos por minuto del que hace gala ese cuerpo tan aplaudido por la población. No en vano, la «baraka» del presidente estribaba en la obediencia lanar de su partido, de sus aliados y de sus votantes para ver solo lo que querían.

Tomando como rehenes a su partido y a la ciudadanía, Sánchez rememoraba las horas terminales de Hitler en el búnker berlinés de la cancillería del Tercer Reich y que el cineasta Oliver Hirschbiegel retrata magistralmente en *El hundimiento.* En aquel refugio, donde se respiraba un clima asfixiante y claustrofóbico, todos eran conscientes de que la suerte estaba echada. Pero el Führer rehusaba capitular impartiendo instrucciones para que contraatacaran divisiones ya inexistentes. Como la realidad no concuerda con sus fantasías paranoicas, Hitler reniega del pueblo alemán hasta hacerle merecedor incluso de su aniquilación como debía estar tentado de pensarlo Sánchez.

Tras el auto del juez Pedraz, que le señaló como cabeza de un complot contra el Estado de Derecho para tapar sus agios familiares y de partido, Sánchez no paraba en mientes. Como en aquella contraofensiva de los cinco días de abril de 2024 que se tomó para ganar resuello tras la imputación de su consorte y pasar al ataque, tras tener a todo el mundo en vilo y manipular incluso al rey, al

que fue a visitar para darle aire a su paripé. No obstante, esos movimientos circenses ayudaban a que los suyos —fueran militantes o electores— se instalaran en la mentira y sus socios le compraran la mercancía poniéndose muy ceremoniosos con que esto no puede seguir así, subiéndole la minuta al enfermo del que viven como los malos médicos sin curarlo ni falta que les hace.

Por eso, ni el PNV, que siempre está a setas y a Rolex sin dicotomías de ningún tipo, a diferencia del popular chiste vasco, ni Junts se menearon para hacer efectiva la anticipación de elecciones generales, que cacareaban como gallinas cluecas, con Sánchez apurando la legislatura para ver si se le presentaba el «momento covid» que halló en la acampada del 26 de septiembre en la Puerta del Sol de Madrid, a raíz del desahucio de Maricarmen Abascal. Sánchez se encaramó a esa ola siendo el causante directo del problema de la vivienda que originó la protesta tras haber prometido en 2018 solucionar lo que agravó cual no digan dueñas.

Si a Felipe González le había bastado que Jordi Pujol, como líder de la minoría parlamentaria de CiU, le comunicara que no tendría el voto de sus diputados en los Presupuestos de 1996 para que este decretara el adelanto de las urnas, Sánchez, sin ganar los comicios y sin cuentas públicas en toda la legislatura, se había atornillado al sillón. Haciendo todo lo contrario de lo contenido en la moción que había presentado su edecán Ábalos —condenado a 24 años de reclusión—, «don no me consta», quien hacía como que no sabía lo que hacía su mano derecha ni tampoco su izquierda, pero no precisamente por caridad cristiana había enclaustrado la democracia española y la trasfiguraba en un adefesio.

Acreditando que la realidad supera la ficción, si es que esta no prefigura aquella, las indagaciones sobre la corrupción sanchista lo probaban judicialmente. Así, a propósito de las andanzas y pendencias de Ábalos, los pliegos sumariales parecían páginas extraídas de *Pantaleón y las visitadoras*. Si Mario Vargas Llosa narra la peripecia del capitán Pantoja, al que la superioridad le encomienda establecer un meretricio para militares peruanos y obra con tal denuedo que pone en riesgo esa misión secreta, las andanzas de Ábalos evidencian que el PSOE contaba con su propio capitán Pantaleón para el acarreo de suripantas. En efecto, Koldo García, custodio de los avales de Sánchez para ser secretario general y al que el presidente había ensalzado en su libro *Manual de resistencia* como «el último *aizcolari* socialista», amén de «un referente político», habiendo sido matón de prostíbulo, surtía de meretrices a Ábalos por cuenta del erario. Bien sacando esos honorarios de la caja del ministerio, bien de las coimas por adjudicaciones o licencias del comisionado y comisionista Víctor de Aldama. De esta guisa, se unían en Ábalos las dos profesiones más antiguas del mundo: la política y la prostitución, dando este, de paso, lecciones de moralidad como el Tartufo, de Molière. «Estoy absolutamente en contra —manifestó en el programa televisivo donde colaboraba desde su cese— de la explotación sexual de las mujeres. (...) Me da asco. (...) Yo, afortunadamente, no he necesitado recurrir a eso. (...) No me produce ninguna satisfacción saber que están por mí solo por dinero». A cualquiera que lo oyera le hubiera parecido un ardoroso feminista camino de una marcha del 8-M, de cuya foto de ese 8-M de 2025 sería borrado, como en la época estalinista.

Pero si Vargas Llosa confesó que le fue imposible relatar en serio la abracadabrante historia de Pantaleón y las visitadoras,